
Cómo crear y encontrar el estilo de vida ignaciano: *el discernimiento*

*Javier Osuna G., S.J.**

El tema que se me ha asignado para esta exposición continúa el desarrollado esta mañana por el P. Mario Gutiérrez. El nos presentó una densa reseña de lo que hemos dado en llamar “el estilo de vida ignaciano”. Nos describió la semblanza espiritual de Ignacio de Loyola, peregrino de Dios, destacando los rasgos específicos con los que él apropió para sí mismo y para la Compañía de Jesús el seguimiento de Jesucristo en la Iglesia de su tiempo. Y nos incitó a participar en la misma experiencia de vida en el Espíritu, según las condiciones y exigencias del mundo de hoy. Porque ese estilo conserva plena vigencia y el mismo Espíritu de Jesús nos alienta a encarnarlo hoy para actualizar en nuestras propias vidas y en nuestros trabajos un seguimiento de Jesús y un servicio que prolongue su obra para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Me corresponde en este corto tiempo de que dispongo proponer la forma como podremos “crear y encontrar” este estilo ignaciano, a través del instrumento que el mismo San Ignacio nos indicó en la experiencia de los Ejercicios, para descubrir la voluntad de Dios en la disposición de nuestra vida: *el discernimiento espiritual*.

¿Existe propiamente un estilo de vida ignaciano?

San Ignacio, que no permitió que ni sus seguidores ni su obra llevaran su propio nombre (“Iniguistas” comenzaban algunos a llamarlos), propuso con firme insistencia a sus compañeros que el grupo de amigos en el Señor que estaba naciendo, se llamara simplemente “Compañía de Jesús”. Y esto, comenta su secretario Polaco años más tarde, “visto que no tenían cabeza ninguna entre sí ni otro propósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban

* Doctor en Teología Espiritual, Universidad Gregoriana, (Roma). Director del CIRE (Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios), Bogotá.

servir” (Polanco, *Chronicon Societatis Iesu*, I, 72-74). Quien había escondido su propia experiencia espiritual, su aventura interior, bajo la sencilla narración del camino de un peregrino conducido por Dios “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” (Autobiografía, No. 27), no estaría probablemente muy satisfecho de que se hablara de “estilo ignaciano” o de “espiritualidad ignaciana”. Sin embargo, es ésta la manera como mejor podemos comunicarnos hoy acerca de su experiencia de Dios y de la manera como la proyectó a todos los aspectos de su vida y de su trabajo.

Por lo demás, cuando queremos hablar de estilo de vida ignaciano no nos referimos naturalmente a los rasgos propios y característicos de su compleja personalidad, tributaria de los condicionamientos de su psicología, de su época, de su cultura y de su historia familiar. Todo ello configuró un estilo de vida altamente inspirador pero de ninguna manera repetible ni apetecible de imitar para nosotros, hombres y mujeres de finales del siglo veinte.

Encauzamos nuestra reflexión al estilo espiritual de Ignacio, a su *espiritualidad*. Una palabra a la que tendremos que devolver su plena vigencia, liberándola de cierto desdén y desconfianza que nos inspira cuando le atribuimos ilegítimamente significados de alienación, de evasión de la realidad, de misticismo y carencia de compromiso secular y hasta de ingenuidad. La espiritualidad, contrariamente, es un tema de creciente interés y reflexión para la teología europea y para la teología latinoamericana de la liberación, como la expresión del talante de vida en seguimiento de Jesús bajo la guía del Espíritu Santo, que ha de caracterizar la existencia de toda persona que se profesa cristiana y que seriamente se propone vivir su fe en medio del mundo, trátese de un sacerdote, de una religiosa, de un profesional, de un industrial, de un político, de un deportista.

Podríamos decir, más propiamente, que el estilo de Ignacio de Loyola es el “*estilo de Jesús*”, que el santo buscó proseguir con sus compañeros en pleno siglo XVI, bajo la acción del Espíritu del mismo Jesús resucitado. Por ese Amor ellos se dejaron configurar con total disponibilidad y acatamiento.

El estilo de Ignacio es su gracia (su carisma), que le fue comunicada por el mismo Dios y lo capacitó para hacer de su vida toda una creciente identificación con Jesús pobre y humilde, servidor de los pobres; gracia para servir con Jesús y como Jesús al proyecto del Padre: “ayudar” a que los hombres tengan vida y la vida les rebose.

Esta misma gracia, recibida por él como “*carisma fundante*” en la eximia experiencia que comenzó con su conversión en Loyola y culminó con la iluminación mística a orillas del río Cardoner, en Manresa, se prolongó como presencia y comunicación constante de Dios, que fue consumando su madurez espiritual a lo largo de los años posteriores, hasta su muerte en Roma el año de 1556.

Para tener acceso a su estilo espiritual e idear la manera como podemos re-crearlo y re-encontrarlo para nosotros hoy, es preciso conocer esta peregrinación espiritual de más de

treinta años, alimentada por “el amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones”. Con esta frase, colocada en el Proemio de las Constituciones, señaló Ignacio la fuerza interior que lo transformó a él, que creó, conserva y lleva adelante la Compañía de Jesús y que da vigencia al estilo espiritual ignaciano hoy.

Un estilo de vida que “podría ser útil también a otros”

Desde un primer momento comprendió Ignacio que la gracia que Dios le comunicó tan generosamente, no era sólo para él. Podía y debía ser compartida con otros. Porque todo carisma en la Iglesia, don del Espíritu de Jesús, según la teología de San Pablo, es concedido para la construcción del Cuerpo total de Jesucristo, para que “entero, compacto y trabado por todas las junturas que lo alimentan, con la actividad peculiar de cada una de las partes, vaya creciendo como cuerpo, construyéndose él mismo por el amor” (Ef. 4:16).

Aunque había peregrinado a Jerusalén movido por su devoción a la persona de Jesús y con la intención de quedarse allí “visitando siempre aquellos lugares” donde contemplaba las huellas de la vida terrena de su Señor, debió por fuerza regresar. Y dice así en su relato: “Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén siempre vino consigo pensando *qué haría*, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas” (Autobiografía, n. 50). Ya había entendido desde Manresa que Dios quería que ayudara a otras personas y por eso fue escribiendo cuidadosamente el fruto de su experiencia espiritual: sus contemplaciones de la vida de Jesús, sus lecturas, las variaciones que iba experimentando en su espíritu y el modo mismo como Dios lo iba conduciendo. Con los años, después de ser escrupulosamente corregido todo, nos regala el pequeño *libro de los Ejercicios*, que, según su propia afirmación: “no los había hecho todos de una vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podrían ser útiles a otros y así las ponía por escrito” (Autobiografía, n. 99).

Ya hacia el final de su vida cedió a los deseos de algunos de los primeros jesuitas que le rogaban insistentemente que a guisa de testamento les expusiera “el modo como el Señor lo fue llevando desde el principio de su conversión”. Pensaban que “en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto, y que esto era fundar verdaderamente la Compañía” (Prólogo del P. Cámara). Dictó, pues, su autobiografía, camino del peregrino de Dios, en la que encontramos consignada sobriamente su fascinante aventura y su auténtico estilo.

Este estilo ignaciano, revelado en los Ejercicios y en la Autobiografía, tomó carácter corporativo en el pequeño grupo de “amigos en el Señor” conformado primeramente en París y que, consolidado en Roma a través de una intensa deliberación común, dio origen a la Compañía de Jesús y cristalizó un programa de vida que ellos dieron en llamar “el modo nuestro de proceder”. La Fórmula del Instituto de la Compañía, presentada al Papa Paulo

III para su aprobación y más tarde a Julio III, en versión revisada, para su confirmación, contenía en cinco capítulos una rápida pero magnífica descripción de la comunidad que se proponían conformar y de su estilo de vida.

“Sacerdotes pobres al servicio de Nuestro Señor Jesucristo”

Esta Fórmula del Instituto, que Gustavo Baena considera su “profesión de fe”, como nos lo expondrá mañana, consigna así en breve sumario, el “estilo de vida ignaciano”:

- “Sacerdotes pobres de Cristo, maestros de artes por la Universidad de París, ejercitados en estudios teológicos durante varios años y procedentes de diversas regiones del mundo,

- se reunieron (“in unum convenerunt”) y hechos compañeros -por inspiración del Espíritu Santo según piamente puede creerse-, se pusieron de acuerdo para obrar según un único propósito:

- dejar los atractivos del mundo y dedicar perpetuamente sus vidas al servicio de nuestro Señor Jesucristo y de su vicario en la tierra.

- Después de haberse ejercitado en la viña del Señor por varios años, predicando públicamente la Palabra de Dios, exhortando en privado, oyendo confesiones, dando ejercicios, sirviendo en los hospitales, enseñando a los niños e ignorantes,

- por todas partes por donde han peregrinado, han persistido en el vínculo de la caridad; y para conservar y perfeccionar la unión en Cristo de su Compañía, desean grandemente consolidar por escrito y con el vínculo de la obediencia todas aquellas cosas que han comprobado por la experiencia serles conducentes para el fin que se han propuesto:

- Para ello han redactado una fórmula de vida apropiada, que piden sea bendecida y aprobada por su Santidad.

Un estilo de vida pobre al servicio de Jesucristo en la Iglesia; larga y seria formación en estudios; ministerio de la palabra, de los sacramentos y de la misericordia; servicios a los más empobrecidos y humillados, comunidad de amigos para la dispersión apostólica; en la Iglesia, bajo el romano pontífice.

Tanto esta Fórmula, como las Constituciones de la Compañía que se escribirán a partir de ella, contienen “el modo de ser de este Instituto, que es camino para ir a Dios”; y se proponen como un testimonio de su modo de vivir y trabajar “para nuestros sucesores, si Dios quiere que tengamos imitadores que nos sigan en este camino... que exige hombres del todo humildes y prudentes en Cristo, y señalados en pureza de vida cristiana y en letras”

Un estilo de vida que busca solamente *la gloria de Dios y la ayuda de los prójimos*. “Aplicaba la misa todos los días -dice Nadal- sencillamente a la gloria de Dios, sin tener cuenta ningún peligro que amenaza a nuestra congregación, a no ser que, movido por el deseo y dulzura de la contemplación, le pareciera que la Compañía debía ayudar a aquellos hombres que *andan privados de toda ayuda*, a quienes por otra parte cada uno tenía la obligación de ayudar. Con todo, este cuidado lo abrazaba la Compañía en forma especial”. (Nadal, IV, p. 703).

Pero si este estilo ignaciano aparece como una gracia que los seguidores del fundador en la Compañía entendemos como don de Dios participado también a nosotros, sabemos muy bien que no nos es exclusivo. Desde sus orígenes, muchos hombres y mujeres, jóvenes estudiantes, profesores universitarios, mujeres piadosas, gentes sencillas, hicieron los Ejercicios bajo la conducción de Ignacio o de los primeros jesuitas, recibieron asesoría espiritual, comenzaron a formarse en colegios de la Compañía, conformaron congregaciones marianas -hoy comunidades de vida cristiana-, se asociaron a los diversos trabajos de la Compañía en educación, en acción social y pastoral, en las misiones; y todos han tratado de vivir, de manera más o menos intensa, ese talante espiritual -los Ejercicios-: una común experiencia de Dios, una similar atracción por Jesucristo -el Jesús pobres y humilde que constituyó la fascinación de los primeros compañeros-, una pasión por la mayor gloria de Dios y por el mejor servicio al Señor y a los hombres, particularmente “a aquellos que andan privados de toda ayuda”, configuran el estilo de la gran familia ignaciana.

Las últimas Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús han enfatizado la perenne fuerza de los Ejercicios para formar esos “cristianos alimentados por una experiencia personal de Dios y capaces de distanciarse de los falsos absolutos de las ideologías y sistemas, pero capaces también de tomar parte en las reformas estructurales, sociales y culturales” de nuestro tiempo (CG. 32,4,58).

El P. Arrupe, en un memorable discurso de clausura de un simposio de educación en Roma, el año 1980, acuñó la expresión “ignacianidad” para designar esos rasgos que la Compañía quisiera transmitir a los hombres y mujeres que reciben su “ayuda espiritual, para que actuemos todos “movidos por las líneas de fuerza propias de nuestro carisma, con el acento propio de nuestros rasgos esenciales, con nuestras opciones, valores de nuestra herencia ignaciana, para llevar una forma de vida que sea por sí misma proclamación de la caridad de Cristo, de la fe que nace de El y a El lleva y de la justicia que El proclamó” (En “La Iglesia de hoy y del futuro”, p. 455).

Abrazados por el amor para en todo amar y servir

Recojamos nuevamente los trazos de ese estilo ignaciano para poder pasar a preguntarnos *cómo crearlo y encontrarlo hoy* para nosotros. Podemos decir, en síntesis, que Ignacio fue un hombre que experimentó a Dios como la cercanía y la presencia continua de un Amor

rico en misericordia, que *se le había dado* desde que era un hombre “aficionado al juego, a las mujeres y a los duelos de armas”; que *lo seguía conduciendo* a través de todas las encrucijadas de su camino; y que *quería dárselo* “en cuanto puede”. Y él, noble caballero, experimentándose de tal manera alcanzado gratuitamente por el amor de su Señor, no encuentra otra manera de “reconocer” este amor que recuperar su libertad para hacerse capaz de “en todo amar y servir a su divina majestad”. Con obras señaladas (“señalarse más en el servicio”) en favor del objeto de la preferencia de Dios: su prójimo y particularmente el más necesitado, aquel a quien otros no ayudan, el que puede hacerse multiplicador de la ayuda a otros para el bien más universal.

Esta experiencia del amor de Dios constituye el objetivo único de los Ejercicios, desde el Principio y Fundamento con el que comienzan, hasta la contemplación para alcanzar amor que los concluye.

Precisamente, en la Anotación 15 del texto de los Ejercicios, después de que en la primera ha dado una definición de lo que ellos son, desde la perspectiva del que hace los ejercicios; nos ofrece una nueva definición desde la perspectiva de la misma acción de Dios. San Ignacio recomienda al que da los Ejercicios a una persona, que no la mueva ni la induzca a una cosa o a otra, sino que permanezca neutral, como testigo, “estando en medio como un peso” para permitir que Dios obre inmediatamente con su criatura y la criatura con El: “Que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante”.

Cada una de las etapas o semanas de los Ejercicios va dirigida a que la persona experimente esta comunicación inmediata de Dios, el abrazo de su Amor que la va a disponer y enrutar por el camino del mayor servicio; y que, libre de afectos desordenados, en total disponibilidad, abra su libertad para que Dios pueda obrar más ciertamente en ella (Anotación 16) y configurar la persona de su Hijo.

Los Ejercicios se abren con el *Principio y Fundamento*, consideración del Amor gratuito, creador, que nos ha elegido primero según su propósito, destinándonos a reproducir la imagen de su Hijo para formar una numerosa familia, un pueblo de hermanos en el que Jesús sea el primogénito (cf. Rom. 8,29). Este Amor que nos sigue creando, pone a nuestra disposición la creación entera para que usándola en busca de ese fin podamos salvar nuestra ánima; es decir, “la liberación total e integral del hombre, que lleva a la participación en la vida del mismo Dios”, como interpreta la Congregación General 32, en términos contemporáneos, aquella expresión de los Ejercicios (CG 32,2,11). Y ante la gratuidad de ese amor, la persona que hace los ejercicios se dispone a entregarse totalmente para que Dios realice en ella su proyecto de amor, no queriendo ni eligiendo cosa alguna que no sea para la realización de ese proyecto creador.

San Ignacio era muy consciente de los *impedimentos* que ponemos a esta acción del Amor. Escribiendo a San Francisco de Borja considera cuántas veces ponemos obstáculos de

nuestra parte a lo que Dios quiere obrar en nosotros: “Yo, por mí, me persuado que antes y después *soy todo impedimento*”; dice. Y añade que piensa que hay muy poca gente, quizás nadie en esta vida que pueda darse cuenta de “cuánto impide de su parte, “y cuánto desayuda a los que el Señor nuestro quiere en su ánima obrar” (BAC, *Obras Completas*, 4a. edición, p. 702).

De la experiencia del Amor creador pasa al ejercitante en la *Primera Semana* a experimentar el *Amor-misericordia*, el amor redentor de Dios en Jesucristo puesto en la cruz. La conversión personal de Ignacio estuvo marcada por la doble experiencia de *un reconocimiento del inmenso desorden* de su vida pasada y de una gratitud sobrecogida de admiración por el Amor misericordioso que Dios le había manifestado. El experimentó la hondura de su pecado: una vida dada a las vanidades del mundo y al vano deseo de ganar honra; una vida desgarrada. Pero experimentó también que donde había abundado el pecado había sobreabundado la gracia de Dios en Jesucristo. La misma *experiencia de Pablo* se repite ahora en Ignacio: “Cristo murió por nosotros cuando éramos aún pecadores. Así demuestra Dios el amor que nos tiene” (Rom. 5:8); “Todos vivíamos antes sujetos a los bajos deseos, obedeciendo a los caprichos del instinto y de la imaginación, y, naturalmente, estábamos destinados a la reprobación... pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor que nos tuvo, cuando estábamos muertos por las culpas nos dio vida con Cristo. Estamos salvados por su espléndida e incomparable generosidad” (Ef. 2:3,7); “qué agradecido estoy al que me dio fuerzas, al Mesías Jesús, Señor nuestro, por la confianza que tuvo en mí al designarme para su servicio; en mí, antes un blasfemo, perseguidor e insolente” (1 Tim. 1:12,13).

Esta experiencia de haber sido alcanzado por el amor-misericordia, que atraviesa toda la primera semana de los Ejercicios, pone al ejercitante ante los pies de Cristo muerto en cruz, para considerar que la Vida se ha hecho muerte por sus pecados y para preguntarse por lo que ha hecho, lo que hace y los que debe hacer por Cristo, como respuesta agradecida por amor.

Durante toda la *Segunda Semana* el ejercitante recorre, contemplando, los misterios de la vida terrena de Jesús. Es la experiencia del *Amor solidario, encarnado* de quien se ha hecho hermanos nuestro, asumiendo nuestra naturaleza mortal y pecadora, para enriquecernos con su vida pobre, humilde, llena de oprobios. *Esta contemplación de Jesús* que lleno del Espíritu Santo pasa por el mundo haciendo el bien, curando toda enfermedad y toda dolencia y liberando al hombre de los poderes del mal; este *conocimiento interior* de Jesús, sacramento de la misericordia del Padre, que lo hace cercano y presente al hombre especialmente cuando sufre, cuando está disminuido o amenazado en su dignidad humana, produce, por la gracia, un contagio de amor y de deseo de seguimiento e identificación, para hacer de la propia vida una prolongación de la de Jesús pobre y humilde, puesto al servicio generoso de los más necesitados.

Al entrar a la *Tercera Semana* el ejercitante se abre a la experiencia del *Amor llevado hasta el extremo*; de la manifestación suprema del amor, que consiste en desprenderse de la propia

vida para que sus amigos tengan vida en abundancia. “En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene -exclama Juan-, en que El entregó su vida para darnos vida” (1 Jn. 3:16; cf; 4:8). Experiencia del Amor explicitada en la contemplación de la última cena, en la que Jesús “les lavó los pies (a sus discípulos) y dio su santísimo cuerpo y preciosa sangre...en *grandísima señal de su amor* “ (EE. 190, 289).

La *Cuarta Semana* es la experiencia del *Amor consolador* : del oficio de consolar que trae Jesús resucitado, buscando a sus amigos para perdonarlos, para rehacerlos, reuniéndolos de nuevo y convocándolos para ir al mundo a anunciar la Buena Noticia a los pobres.

Experiencia del amor creador, del amor misericordioso, del amor solidario, del amor hasta el extremo, del amor consolador. Es el itinerario de los Ejercicios: una exposición del ejercitante a la manifestación insondable del Amor de Dios; para culminar en una contemplación que lo recoge todo -Contemplación para alcanzar amor- en la consideración de un Dios-Amor que da y se da, que habita en nosotros, que trabaja por nosotros como un operario humilde y de cuya bondad descienden todos los bienes.

“Alcanzado” por este Amor y “enteramente reconociendo”, el ejercitante se siente invadido por la vida misma de Jesús y de su Espíritu y capacitado para “en todo amar y servir”. Hace entonces la entrega incondicional de su vida y pone todo cuanto es y cuanto tiene en manos de su Señor para que se sirva de El, en la realización de su voluntad, de su proyecto de salvación de la humanidad: “Tomad, Señor, y recibid...”

Aquí está el *estilo espiritual de Ignacio* : leída toda la historia de la salvación como la manifestación del Amor-misericordia de Dios, hecha realidad en él, convierte su vida toda en respuesta de *amor y de servicio*. En adelante será su vida: darse sin escatimar, como Jesús: “señalarse más en todo servicio”.

La Compañía de Jesús va a nacer luego, como un “cuerpo para el Espíritu”, como un instrumento para servir al proyecto de Dios en la Iglesia; como un puñado de hombres “alcanzados por el amor”, que quieren predicar el Evangelio en pobreza, seguidores de un Señor pobre y humilde.

Estilo ignaciano, estilo de Jesús

Ignacio y los primeros compañeros han conocido a este Jesús, pobre, manso (el mansueto Señor), humillado, servidor de los más pobres y humillados, y no quieren saber otra cosa que seguirlo, imitarlo y servirle en su misión. *Parecerse* lo más exactamente a El, *enviado* por el Padre para dar vida y darla en abundancia, es la marca de su estilo de vida. *Reproducir en el siglo XVI el grupo de Jesús y sus discípulos, predicando el evangelio en pobreza, e incluso por la misma tierra que recorrió Jesús con el grupo de los doce, es lo que quieren hacer de su pequeña compañía de Jesús.*

Este *grado de identificación* con el Jesús pobre y humilde descubierto en la contemplación del Evangelio, lo dejan esplendorosamente propuesto en las Constituciones a los aspirantes a seguir el camino de Ignacio y los primeros compañeros:

“Es mucho de advertir... en cuánto grado ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer, en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles, cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado.

Como los mundanos que siguen al mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia, tanto que, donde a la su divina majestad no le fuese ofensa alguna, ni al próximo imputado a pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna dello), por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió El por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos exemplo que en todas cosas a nosotros posibles, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva los hombres a la vida” (Const... 101).

Ignacio y sus compañeros están convencidos de que este seguimiento de Jesús es la *vida verdadera*, la auténtica realización del hombre, manifestada en Jesús que asume este camino de pobreza y humillación para comunicar vida a sus hermanos. El camino de la riqueza y sus comodidades y placeres, del prestigio y el buen nombre, del triunfo y el poder, perseguido por el mundo, es un *camino engañoso*, que bajo las apariencias del éxito, del bienestar y de la realización, termina destruyendo al hombre. Es un camino inducido ladinamente por quien Ignacio llama “el enemigo de natura humana”, en el que fácilmente caemos arrastrados por su aparente atracción. Y lo peor es que pretendemos vivir cristianamente, como seguidores de Jesús, acomodando su Evangelio y su Misión a proyectos y estilos de vida en convivencia con la codicia de riquezas, seducción del prestigio, ambición del poder. En busca de esta aparente realización humana, que ofrecen el dinero, la sociedad del consumo, los títulos y el éxito profesional, el poder sobre los demás, el hombre se encierra en su egoísmo, pierde su sensibilidad ante el grito de los pobres y construye y mantiene estructuras injustas contrarias a la Buena Nueva del Evangelio. Son *dos estilos* : el estilo de Jesús (que es el estilo ignaciano) y el estilo del mundo.

Y este estilo de vida de Jesús es el que Ignacio propone en París, no solamente a los que quieren hacerse jesuitas, sino a los estudiantes y profesores de la universidad, de aquel centro académico a donde acuden de todas partes buscando letras, beneficios y honores. Las meditaciones de los Binarios y los grados de humildad, las hace Ignacio mientras estudia en París para confrontar seriamente a quienes hacen los Ejercicios con el propósito de ordenar sus vidas según la voluntad de Dios.

Por otra parte, ésta y no otra es la propuesta del Evangelio. San Juan escribe que “todo el que habla de estar con Dios tiene que vivir como vivió Jesús” (1 Jn. 2:6). ¿Cómo *desear* este estilo de vida en medio de una sociedad cuyos valores son precisamente los contrarios? ¿Cómo *optar* por él como verdadero camino de plenitud humana? ¿Es esto posible para quien persigue un título universitario, para quien aspira a salir adelante en la vida, incluso para quien pretende servir a la causa del Evangelio y de la Iglesia en un mundo capitalista? Jesús e Ignacio con él nos proponen un estilo de vida que repugna a la naturaleza humana. ¡Es un escándalo! ¡Es una locura! plantea el mismo Pablo. Pero es “sabiduría de Dios, fuerza de Dios”. “El hombre de tejas para abajo -habla nuevamente Pablo- no acepta la manera de ser del Espíritu de Jesús, le parece una locura; y no puede captarla porque hay que enjuiciarla con el criterio del Espíritu” (1 Co. 2:14ss.). Solamente la capta quien posee “la sensatez de Cristo”, el “*sensus Christi*” de que hablaba con tanta insistencia el P. Arrupe.

Solamente si “el mismo Criador y Señor se comunica a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante” (EE. 15); solamente si la persona es “alcanzada por el amor” que la hace semejante a Jesús, puede desear y buscar este estilo ignaciano. “Todo es don y gracia de Dios Nuestro Señor” escribe San Ignacio en el texto de los Ejercicios (EE. 322). De ahí que la contemplación para alcanzar amor sea para pedir con insistencia “su amor y su gracia”; dejarse alcanzar por ese amor transformante de Dios que nos satura con su fuerza y nos hace capaces de amar y vivir como amó y vivió Jesús.

Para San Ignacio era muy claro que ese “amor que desciende de arriba” era el único vínculo capaz de crear y unir a la Compañía de Jesús: “El vínculo principal para la unión de los miembros, es el amor de Dios nuestro Señor, porque estando el Superior y los inferiores muy unidos con la su divina y summa Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos, por el mismo amor que della descenderá y se extenderá a todos próximos, y en special al cuerpo de la Compañía” (Const. 671).

Es la fuerza que abraza la Compañía, la une como un cuerpo para el Espíritu y la lanza hacia afuera revestida del mismo amor de Jesús para darse toda en servicio de todos los prójimos.

Buscar ante todo el reino de Dios y su justicia

Sin embargo, este deseo y esta opción de seguir, parecer e imitar a Jesús pobre, humilde, tenido por loco, no es concebido como un ideal absoluto para la santificación personal. Todo está dirigido al servicio del reino de Dios. *Servicio*, que es la manera auténtica de expresar un amor de obras; *servicio*, que es la identificación real con un Jesús que es el Servidor del proyecto del Padre; *servicio*, que es la forma humilde de prestar ayuda: “Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve”, dijo Jesús. Servir a Dios, para Ignacio, es servir al Dios del Reino, al Dios que tiene un proyecto de vida para los hombres.

La vida de Ignacio es ante todo una vida que busca la mayor gloria de Dios. Que, en frase de Ireneo es que el hombre tenga vida. Que Dios pueda ser reconocido como Padre, en el esplendor de su amor. Y esto a través de la actividad de los hijos, cuyas buenas obras tienen que resplandecer en el mundo: “Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad edificada en lo alto de un monte; ni se enciende una lámpara para meterla debajo de la cama... que así brille vuestra luz ante los hombres, que vean el bien que hacen y glorifiquen a su Padre del cielo” (Mt. 5:15,16).

La gloria del *Padre*, mediante el servicio al *Hijo* y con el Hijo, bajo la unción del *Espíritu*, es la forma de la espiritualidad trinitaria de Ignacio, su estilo de vida. Así podría ser ricamente releído el fin del hombre en el Principio y Fundamento. Somos (estamos siendo) creados para alabar (al Padre); somos llamados a servir (al Hijo en su Misión); en actitud de reverencia (acatamiento y docilidad al Espíritu).

Ignacio resume su oración y su búsqueda en esta gracia de “ser puesto con el Hijo” bajo el estandarte de la cruz. Y acude, como intercesora de esta gracia, a la Madre de Jesús. Su petición le es concedida finalmente por el Padre en la ermita de La Storta, cuando se aproxima a Roma, en noviembre de 1537. Tuvo allí, mientras oraba, una experiencia mística en la que sintió, sin poder dudar, que el Padre le “sería propicio en Roma”. Allí le pareció ver a Jesús con la cruz a cuestas y al Padre eterno que le decía a su Hijo: “Quiero que tomes a éste por tu servidor”. Y así Jesús lo tomaba y decía “Yo quiero que tú nos sirvas” (MHSI, FN, II,133).

Porque era una gracia extraordinaria y gratuita, Ignacio, aunque tan intensamente la deseaba y buscaba, no se atrevió con todo a adelantarse en elegir tal forma de seguimiento de Jesús pobre y lleno de oprobios. Quiso primero asegurarse de que el Padre lo escogía y recibía en tal vida y estado. Por eso presenta su vivo deseo en forma de humilde petición.

Así, los grandes coloquios de los Ejercicios, en las meditaciones del Rey, las Banderas, los Binarios y los grados de humildad, son conversaciones familiares con la Madre, con el Hijo y con el Padre, en las cuales, a la vez que expresa su decidida preferencia de servir estrechamente identificado con Jesús, servidor pobre y humilde, “pide y suplica” (EE. 157) que “el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera, mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir” (EE.168).

Su oblación tan generosa y decidida viene siempre temperada por una reverente actitud: “si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina Majestad” (EE.168); “sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza” (EE. 98); “queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado” (EE.157); “si su divina Majestad fuere servido y me quisiere elegir y rescibir” (EE.147).

Para San Ignacio, como para Jesús, lo prioritario es el servicio al Reino, como proyecto o voluntad del Padre. Por eso, el deseo de pobreza y oprobios con Cristo no depende de

nuestros gustos personales ni puede ser un proyecto personal programado de una vez por todas, sino que es objeto de un discernimiento continuo, para conocer cómo quiere servirse el Padre de nosotros para la realización de su proyecto salvífico de dar vida a los hombres. Así comenta el P. General, Kolvenbach: ‘Hombres de la encarnación, tal como quiere San Ignacio que seamos, deberíamos soportar las tensiones de la Encarnación. Y así, en la segunda semana de Ejercicios, inmediatamente nos presenta la tensión de nuestra propia vida, cuando por una parte pedimos suma pobreza espiritual y por otra decimos al Señor: ‘ahora, la forma de cumplir este deseo, es cosa tuya’; y cada año en Ejercicios nos planteamos esta tensión. Esto es lo que sucedió en Montmartre, cuando Ignacio y sus compañeros quisieron entregarlo todo, pero al mismo tiempo mantuvieron tenso su espíritu apostólico ante la realidad de que no todo se puede realizar aquí y ahora; y así vivieron de acuerdo a un ideal que tuvieron que cuestionar y renovar continuamente, en la tensión que les había infundido el carisma ignaciano” (Charla en Fordhen, U.S.A., 21,X,84).

De esta tensión permanente, que forma aún hoy parte integrante del estilo espiritual ignaciano, se desprende otra actitud: la búsqueda continua del querer de Dios para su mejor servicio al Reino, la forma concreta como El quiere que actualicemos en nuestra vida ese deseo de identificarnos con Jesús en pobreza actual, en oprobios y humillación. Es el mismo Creador y Señor quien, comunicándose a la persona e inflamándola en su amor, la dispone por la vía que mejor podrá servirle en adelante (EE. 15).

Esto quiere decir que cada uno de nosotros tiene que *re-crear* y *encontrar* el estilo ignaciano. Cada uno de nosotros es invitado continuamente por Dios a realizar su voluntad, usando creativamente nuestra libertad.

La voluntad de Dios no es un *proyecto* que Dios quiere realizar con nosotros, un programa para cumplir, previsto desde toda la eternidad sin contar con nosotros. La voluntad de Dios es *su actuar creador*, lo que El hace con nosotros con la cooperación de nuestra libertad. “Lo que Dios espera de tí, comenta Michel Rondet, no es que tú escojas éste o aquel camino que El ha dispuesto para tí desde toda la eternidad; es que tú inventes hoy tu respuesta a su presencia y a su llamada...El discernimiento, por tanto, no nos entrega tal cual los proyectos de Dios sobre nosotros; nos dispone a encontrar en nuestros deseos y aspiraciones, aquellos que podemos reconocer como acordes con el Espíritu de Cristo...Encontramos la voluntad de Dios no como un dictado o una fatalidad, sino como un llamado a una creación común” (“¿Dieu a-t-il sur chacun de nous une volonté particulière?” En Christus, octubre 1989).

Hacer la voluntad de Dios será, pues, establecer una comunión de amor entre dos libertades: la mía, que Dios me ha dado y me respeta, llamándome a vivir en plenitud; y la libertad creadora de Dios, que yo amo y acato con la devoción de una persona enamorada que sólo desea hacer lo que quiere la persona a quien ama.

El discernimiento: crear y encontrar el estilo ignaciano

Nuestra tarea de seguimiento de Cristo es, pues, *una opción* de nuestra libertad, deseosa de identificarse con el Jesús pobre y humilde de los Ejercicios, que re-crea de manera concreta y efectiva; y es a la vez *un encuentro* con la llamada amorosa de Dios, que de forma gratuita e imprevisible nos propone y nos inspira el mejor servicio al Reino con Jesucristo y como Jesucristo. Hay que *crear pero también encontrar*. Por eso San Ignacio habla constantemente de buscar cómo Dios nos mueve, cómo nos dispone, cómo nos toca mediante la unción o consolación de su Espíritu.

Debemos, pues, crear y encontrar el estilo ignaciano para nuestra vida de seguimiento y servicio de Jesús hoy, de acuerdo a las características y circunstancias personales e irrepetibles de cada uno, a las exigencias de los tiempos que vivimos. Yo, como Ignacio, busco y elijo aquello que siento que Dios quiere. Este es el sentido de la petición de “ser elegido y recibido en tal estado de vida”. Y ésta la explicación de por qué Ignacio buscaba tan insistentemente que su oblación fuera confirmada y sólo quedó tranquilo cuando sintió “y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo” (Autobiografía, n.96).

Esta confirmación la deja consignada bellamente en su Diario espiritual el 23 de febrero de 1544:

“Al preparar el altar, ha venido Jesús a mi pensamiento, un movimiento a seguirlo, pareciéndome interiormente que siendo él la cabeza -o caudillo- de la Compañía, este argumento era más fuerte que todas las otras razones humanas para vivir en pobreza total. Además me parecía también que las otras razones consideradas en la elección iban a parar al mismo. Este pensamiento me movía a devoción y a lágrimas y a una firmeza tal que, aunque no hallase lágrimas en la misa o en las misas, etc., me parecía que este sentimiento era suficiente, en tiempo de tentaciones o tribulaciones, para mantenerme firme. He pasado a revestirme con estos pensamientos, que se han intensificado hasta parecerme que eran una verdadera confirmación, aunque no recibiese consolaciones sobre esto. Me ha parecido de alguna manera que el hecho de que Jesús se mostrase o se dejase sentir era -obra- de la Santísima Trinidad, viniéndome a la memoria aquella vez en que el Padre me puso con su Hijo” (Diario, 66-67).

La gran preocupación de Ignacio, a lo largo de su aventura interior, y que marca tan característicamente su estilo espiritual, es, pues, buscar y hallar cómo lo va disponiendo el Padre en su servicio. Ese Padre, a quien él ha experimentado cercano, como un Amor que se le da continuamente, que habita interiormente en él y en todas las cosas creadas, que trabaja silenciosamente llevando adelante su proyecto salvífico y que se le transparenta a través de toda la creación. Este itinerario de buscar y hallar a Dios en todas las cosas lo lleva a preguntarse constantemente “¿qué haría?” (Autobiografía, n.50); “¿dónde me queréis Señor, llevar?” (Diario, n. 113). El Padre Jerónimo Nadal escribe al respecto: “El tiempo

que permaneció en París no sólo lo dedicó a sus estudios literarios, sino que simultáneamente encaminó su ánimo hacia donde el Espíritu y la vocación divina lo conducían: A la fundación de una orden religiosa. Aunque con singular docilidad seguía al Espíritu que lo conducía, no se le adelantaba. Y así era llevado suavemente a donde no sabía, porque entonces ni siquiera pensaba en la institución de una Orden; sin embargo, paso a paso iba abriendo camino hacia allá, y lo iba recorriendo, sabiamente ignorante, poniendo con simplicidad su corazón en Cristo” (MHSL, FN, II, 252).

Esta confianza total en Dios que lo conduce es la fuente de un talante espiritual lleno de optimismo, de prudencia y de osadía a la vez. Es el estilo ignaciano que caracterizó también al P. Arrupe. En cierta ocasión él afirmó: “para mí aquella figura de Abraham fue siempre fuente de inspiración profunda. ‘¿A dónde va la Compañía?’, me preguntaba; mi respuesta fue siempre: ‘a donde Dios la lleva’. En otros términos, era como decir: ‘no sé; pero sí sé una cosa y es que Dios nos lleva a alguna parte: vamos seguros, vamos con la Iglesia que va dirigida por el Espíritu Santo’. Sé que Dios nos lleva a una tierra nueva, la de promisión, la suya. El sabe dónde está, a nosotros no nos toca sino seguirle” (Citado por el P. Kolvenbach. Ver su homilía durante las exequias del P. Arrupe).

Esta actitud implica una atención a estar siempre en sintonía con lo que Dios nos va mostrando, y para eso, *vivir unidos con El* en la acción, *ser “familiar* con Dios en la oración y todas sus operaciones” (Const. 723), tratar de ser *instrumento* dócil en sus manos. Procurando recuperar continuamente la libertad para integrarla dentro de la libertad de Dios, por amor.

En este tipo de espiritualidad *el examen* se convierte en instrumento de vital importancia; no entendido como una revisión moral de faltas y pecados, sino como la manera de permanecer ‘alerta’ al paso y a las señales de Dios en nuestra vida; de “no ser sordo a su llamamiento”.

La insistente oración de Ignacio, transmitida a otros repetidamente en la conclusión de su correspondencia epistolar era: “Ceso rogando a la Santísima Trinidad, por su infinita y suma bondad, nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella enteramente la cumplamos”.

Dios, por su parte, se le manifestaba espléndidamente, con el don de la consolación: paz, alegría interior, regocijo, lágrimas. Esta consolación de Dios le venía con abundancia especialmente durante la celebración de la Eucaristía y la oración, pero también en los momentos más inesperados, en medio de su actividad diaria. Su Diario espiritual deja constancia de esos momentos: mientras se calentaba junto al fuego frente al brasero de su cuarto, cuando subía a la azotea a contemplar el cielo estrellado, andando por la calle, después de comer, mientras espera la audiencia con algún cardenal u obispo. Con los años había logrado una gran facilidad para encontrar a Dios en todas las cosas. “Siempre y a

cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba”, confesó con gran simplicidad al P. Cámara (Autobiografía, n. 99).

En su biografía de San Ignacio, Pedro de Ribadeneyra escribe:

“Vámosle muchas veces, tomando ocasión de cosas pequeñas, levantar el ánimo a Dios, que aún en las mínimas es admirable (ad Deum, qui in minimis etiam maximus est). De ver una planta, una yervezita, una hoja, una flor, cualquier fruta, de la consideración de un gusanillo o de otro cualquiera animalejo, se levantava sobre los cielos y penetrava lo más interior y más remoto de los sentidos; y de cada cosita destas sacava doctrina y avisos provechosísimos para instrucción de la vida espiritual” (MHSI, FN, IV, 742-743).

Este mismo espíritu quería ver en los demás. En una de sus instrucciones leemos: “Se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéramos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor en todas las cosas, es más fácil que levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes, y causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sean en una breve oración” (BAC, Obras completas, 4a. edición, p. 804).

En todo lo anterior no vemos más que la vivencia ignaciana de cuanto el santo propuso también para todo ejercitante en la contemplación para alcanzar amor. San Ignacio participaba así a los demás la gracia que había recibido. Gracia que a su vez era participación de la plenitud de Jesús. En la vida terrena de Jesús conocida a través de las narraciones evangélicas, encontramos también esa actitud contemplativa que le permitía ver signos del Reino en los acontecimientos más ordinarios de la vida, especialmente de la vida del campo: una siembra, el pastoreo, las aves del cielo y los lirios del campo; o también una boda, unos niños que juegan en la plaza, una mujer que barre la casa en busca de una moneda o un agricultor que descubre un tesoro en el campo. Jesús estaba siempre atento para hacer lo que agradaba a su Padre. Bellamente lo expresa el Documento de Puebla:

“En El culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en Alianza. El señalaba el camino y la meta y exigía la colaboración libre y creyente de su Pueblo. Jesús aparece igualmente actuando en la historia de la mano de su Padre. Su actitud es, a la vez, de total confianza y de máxima corresponsabilidad y compromiso. Porque sabe que todo está en las manos del Padre que cuida de las aves y de los lirios del campo. Pero sabe también que la acción del Padre busca pasar a través de la suya.

Como el Padre es el protagonista principal, Jesús busca seguir sus caminos y sus ritmos. Su preocupación de cada instante consiste en sintonizar fiel y rigurosamente con el querer del Padre. No basta con conocer la meta y caminar hacia ella. Se trata de conocer y esperar

la hora que para cada paso tiene señalada el Padre, escrutando los signos de su Providencia. De esta docilidad filial dependerá toda la fecundidad de la obra” (Puebla, nn. 276-277).

Después de curar al paralítico de la piscina, un sábado, Jesús responde a las autoridades judías que le cuestionan su autoridad para proceder de esa manera, que para ellos viola flagrantemente la soberana voluntad de Dios sobre el descanso sabático: “Mi Padre sigue trabajando y yo también trabajo... el Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta; solamente hace lo que ve hacer al Padre. Todo lo que hace el Padre también lo hace el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace” (Jn. 5:17 ss).

Esta es la estructura del discernimiento de Jesús: *mirar lo que hace el Padre*, quien lo ama y le manifiesta lo que hace; Jesús, entonces, actúa, haciendo sintonizar su libertad con la acción del Padre. Lo que el Padre hace, explica Jesús, es dar vida y él también da vida a los que quiere (cfr. Jn. 5:21).

San Ignacio pretendió servir a la Iglesia según la praxis de Jesús. Y para estar más dispuesto a que el Padre le mostrara lo que El hace y a hacer suyo el camino sugerido, buscó tener un corazón limpio de afectos desordenados, abnegando su propio amor, querer e interés (cf. EE.189).

No trató de imitar a Jesús desatando mecanismos para reproducir simplemente sus virtudes. Lo contempló en los misterios de su vida terrena para *seguirlo*. Y nos enseñó que cada uno tiene que crear e inventar su propia vida de seguimiento con los ojos puestos en Jesús, pionero y consumidor de la fe, y de acuerdo a sus condiciones y circunstancias históricas, sociales y culturales; a sus recursos y limitaciones. ¿Qué respuesta personal puedo yo dar a las llamadas que percibo en el Evangelio y en la vida de Jesús?

Dios nos crea para reproducir los rasgos de su Hijo y llama a cada uno a dar a esta imagen una semejanza particular. Así como Jesús dio a la imagen de su Padre un rostro humano particular, a su Palabra un acento único, también cada uno de nosotros es llamado a reflejar en su propia vida la imagen de Jesús (Ver M. Rondet, op. cit. 395).

En muy diversas ocasiones Ignacio indicó a sus discípulos un proceder semejante. No son sus avisos e instrucciones, sino la unción del Espíritu Santo la que indicará a cada uno su proceder, según circunstancias de personas, tiempos y lugares.

Al P. Juan Nuñez, nombrado patriarca para la misión de Etiopía, le escribe una larga instrucción misionera, pero concluye: “Todo esto servirá de aviso, pero el Patriarca no se tenga por obligado de hacer conforme a esto, sino conforme a lo que la discreta caridad, vista la disposición de las cosas presentes y la unción del Santo Espíritu, que principalmente ha de enderezarle en todas las cosas, le dictare” (BAC, *Obras completas*, 4a. ed. 964).

Al P. Urbano Fernández, que comienza su rectorado en una casa de estudiantes de Coímbra y que le pide instrucciones para su gobierno, también le responde: “Cuanto a lo que manda escribir, de algunas como máximas para en lo que toca al gobierno, etc., yo no me hallo idóneo ni aún para decir de las mínimas; pero el Santo Espíritu, cuya unción enseña todas las cosas a los que se disponen a rescibir su santa ilustración... enseñe a V.R., y espero lo hará, pues le da tan buena voluntad de acertar en lo que es mayor servicio suyo” (BAC, *Obras completas*, p. 809).

La experiencia de sentir y discernir la consolación del espíritu

En todo lo anterior no hemos hecho más que hablar del *discernimiento espiritual*, aquel instrumento diseñado por San Ignacio, después de haberlo aprendido y experimentado personalmente, como camino para crear y encontrar ese estilo de vida conforme a la voluntad de Dios.

Esta experiencia espiritual no es un método, una dinámica para aprender en unas cuantas lecciones. Pertenece al corazón mismo de la espiritualidad cristiana y echa sus raíces en la Sagrada Escritura. Requiere una finura de espíritu adquirida con la práctica, pero se espera como experiencia de un cristiano verdadero. La carta a los Hebreos la reclama a los cristianos: “Cierto, con el tiempo que llevan deberían ya ser maestros, y, en cambio, necesitan que se les enseñen de nuevo los rudimentos de las primeras palabras de Dios; han vuelto a necesitar leche, en vez de alimento sólido; y, claro, los que toman leche están como los niños de pecho, incapaces de juzgar rectamente. La comida sólida es para los adultos, que con la práctica tienen una sensibilidad entrenada para discernir entre lo bueno y lo malo” (Hb. 5:12-14).

San Juan, en su primera carta escribe a su vez: “A ustedes, además, el Espíritu les confirió una unción y todos ustedes tienen conocimiento. La unción con que El los ungió permanece con ustedes y no necesitan otros maestros. Y esa unción suya es realidad, no ilusión, y les va enseñando en cada circunstancia aquello mismo que Jesús les había enseñado; por eso permanecen en El” (1 Jn. 2:20,27).

El discernimiento espiritual se apoya en dos convicciones de origen experiencial: 1a. Que el mismo Criador y Señor se comunica al hombre, “lo abraza en su amor”, lo mueve y lo dispone para el mejor servicio divino y de los demás; 2a. Que el hombre es capaz de reconocer la manifestación y acción de Dios en él.

El P. Karl Rahner, en un ensayo que titula “Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy”, escribía en 1978, personificando al mismo San Ignacio:

“Estaba convencido de que, primero de un modo incipiente durante mi enfermedad en Loyola y luego de manera decisiva durante mis días de soledad en Manresa, me había

encontrado directamente con Dios y debía participar a los demás, en la medida de lo posible, dicha experiencia.

Experimenté a Dios, al incomparable e insondable, al silencioso y sin embargo cercano, en la tridimensionalidad de su donación a mí.

...Una cosa sigue en pie: que Dios puede y quiere tratar de modo directo con su criatura, que el ser humano puede realmente experimentar cómo tal cosa sucede; que puede captar el soberano designio de la libertad de Dios sobre su vida, lo cual ya no es algo que pueda calcularse, mediante un oportuno y estructurado raciocinio, como una exigencia de la racionalidad humana.

Esta convicción, tan simple y a la vez tan desorbitada, me parece que constituye el núcleo de lo que vosotros soléis llamar mi espiritualidad.

...Me parece evidente que ayudar de este modo a que se produzca el encuentro con Dios (¿o quizá habría que decir: ayudar al hombre a experimentar que siempre ha estado y sigue estando en contacto con Dios?) es hoy más importante que nunca... ahora entenderán por qué digo que para vosotros, los jesuitas, la principal tarea, en torno a la cual deben girar todas las demás, ha de ser la de dar Ejercicios... una ayuda mistagógica destinada a que los demás no rechacen la inmediatez de Dios, sino que la experimenten y la asuman claramente... ayudar a que se produzca esa experiencia directa de Dios en la que al ser humano se le revela que ese misterio incomprensible que llamamos Dios, es algo cercano, se puede hablar con El y nos salva por sí mismo precisamente cuando no tratamos de someterlo, sino que nos entregamos a El incondicionalmente" (En "Ignacio de Loyola", texto: Karl Rahner / Paul Imhof. Ilustraciones Helmuth Nils Loose, Sal Terrae, 1978).

Por eso mismo, para Rahner, la Iglesia debe ser el lugar en donde el hombre se entrega silenciosamente a Dios, sin preocuparse de lo que éste quiera hacer con él.

La razón de ser del discernimiento está, pues, en que el Espíritu Santo habita en nosotros, ha derramado su amor en nuestros corazones y dirige nuestra vida. Jesús lo prometió a sus discípulos en la conversación de sobremesa la víspera de su muerte. Convenía que él se fuera, les dijo, para que el Padre les enviara junto con él "otro Paráclito" o consolador, que estaría con ellos continuamente, de una manera interior, y a quien podrían reconocer puesto que estaba con ellos y en ellos.

De acuerdo con la promesa de Jesús, el Espíritu de verdad cumple una misión de "paráclisis", es decir, de animación, consolación, exhortación. Es el don del Resucitado a su Iglesia para que pueda hacer realidad en cada momento el proyecto de Dios. Jesús, comunicando su Espíritu, da la posibilidad a los hombres de participar de su misma condición y de ser como El, sacramento de la cercanía del Padre como Amor-misericordia. El Espíritu, en la promesa de Jesús, es Maestro de la Verdad, Compañero, Memoria viviente de Jesús, Fuerza de testimonio. Los conducirá hasta la verdad completa, les recordará continuamente la palabra de Jesús, les comunicará fuerza y valentía para dar testimonio del Evangelio y les interpretará lo que vaya viniendo en la nueva etapa de la historia.

El “oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae”, en las contemplaciones ignacianas de la Cuarta Semana, corresponde a esta presencia del Resucitado por medio de su Espíritu, que llena la creación entera y la historia. El Espíritu consolador es la irradiación de la presencia de Jesús, la fuerza de vida que se difunde a partir de El. (Cf. J. Mateos-J. Barreto, *El Evangelio de Juan*, Cristiandad, 1982, p. 645)

Percibir esta presencia consoladora del Espíritu es la tarea propia del discernimiento espiritual. *Percibirla y “reconocerla”*. Es decir, saberla distinguir o discernir entre las diversas mociones que se causan en nuestro interior, provenientes unas de nosotros mismos, otras del pecado que habita en nosotros.

La *consolación* del Espíritu la describe San Ignacio como paz interior, gozo espiritual o “*leticia interna*”, esperanza, fe, amor, lágrimas. La consolación llega al espíritu “*aquietándolo y paficándolo en su Criador y Señor*” (EE. 316 y Directorio Autógrafo, 11). Como fruto de la presencia del Espíritu, esta consolación puede también ser reconocida en la descripción de San Pablo: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, generosidad, fidelidad, sencillez, dominio propio (Gal.5:22). Gracias a este consuelo, Dios nos transforma a nosotros en consoladores, como enseña también Pablo: “*Alabemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre cariñoso y Dios que siempre nos consuela. El nos consuela en todas nuestras dificultades, para que nosotros podamos consolar también a los que sufren, dándoles el mismo consuelo con el que El nos ha consolado a nosotros. Porque así como los sufrimientos de Cristo se desbordan sobre nosotros y sufrimos con él, así también por medio de Cristo se desborda nuestro consuelo*” (2 Cor. 1: 3,7).

De esta manera el Espíritu nos va configurando a la imagen de Jesucristo, nos va transformando según el estilo de Jesús, para que seamos hijo en el Hijo: “*Hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios*” (Rom. 8:14).

Tiempos y condiciones del discernimiento

La unción o consolación del Santo Espíritu, que San Ignacio nos enseña a sentir y a discernir puede llegarnos de diversas maneras:

1. Hay tiempos o situaciones en los que el Espíritu se nos manifestará de *una manera tan clara e indubitable* que no tenemos ninguna dificultad en “*reconocer*” su voz que nos “*mueve y atrae*”. Nuestra experiencia personal seguramente nos permite recordar momentos de esa luminosa claridad frente a decisiones y opciones que hemos tomado sin dudar de que eso es lo que más agrada a Dios. San Ignacio dice que en tales momentos “*la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado (propuesto)*” (EE. 175);

2. En otras ocasiones la consolación del Espíritu nos llegará a través de una gran *agitación y variedad de mociones* que experimentamos ante decisiones difíciles o muy decisivas. A

los momentos de paz, alegría, claridad, fuerza, suceden otros de tristeza, sequedad, desesperanza, temor. Aquí será más apremiante acudir a la experiencia del “mucho examinar”, de que habla San Ignacio, para *percibir* las distintas mociones y *discernirlas* hasta lograr suficiente claridad y conocimiento (EE. 176);

3. Podemos señalar también momentos de *una gran tranquilidad*: “tiempo tranquilo”, lo llama San Ignacio; cuando la persona no se siente agitada por varios espíritus. Es un tiempo en que el Espíritu nos conduce a través de la iluminación de nuestra mente y del impulso tranquilo a nuestra voluntad, que libremente y al final de una búsqueda racional, opta por aquello que reconoce como la respuesta más fiel y generosa al llamado del Señor (EE.177ss).

Así podemos entender mejor en qué consiste hallar la voluntad de Dios: en un encuentro, en una comunión de dos libertades que convergen en una obra común. (Michel Rondet, op. cit. 398).

Y como la voluntad de Dios, según lo expresa la carta a los Romanos, es que todos reproduzcamos los rasgos de Jesús para formar una familia de hermanos, la *dimensión corporativa* de nuestras opciones no puede estar ausente en ningún discernimiento cristiano. “Así, discernir la voluntad de Dios sobre mi vida es siempre interrogarme sobre mi puesto en el Cuerpo de Cristo. No el que me será asignado, sino aquel que yo puedo y deseo tomar. ¿Qué miembro he de ser yo para el bien del Cuerpo total del Señor resucitado? (M. Rondet, op. cit. 399).

Obviamente, esta experiencia del discernimiento *requiere condiciones* sin las cuales no es posible discernir genuinamente. Básicamente podemos hablar, con Ignacio, de tres:

1. *Adquirir lucidez espiritual* con respecto a los criterios que regirán nuestra búsqueda. Si realmente pretendemos vivir como vivió Jesús, hemos de asegurar que los criterios de nuestras opciones sean auténticamente evangélicos. ¿Ese Jesús a quien me propongo seguir, es en verdad el Jesús del Evangelio? ¿O será más bien una imagen que me he formado a la medida de mis afectos desordenados, de mis caprichos, de mis ideologías?

Antes de emprender cualquier discernimiento precisa desenmascarar los posibles engaños a que somos inducidos, a veces inconscientemente, respecto a la “verdadera vida” que nos ofrece Jesús.

Ya en la Iglesia naciente, Pablo advertía este peligro a los cristianos de Corinto: con cuánta tranquilidad, seducidos al igual que la serpiente sedujo a Eva con su astucia, aceptaban *un Jesús diferente y un Evangelio diferente* del que él había predicado “pervirtiendo así su modo de pensar y abandonando la entrega y la fidelidad a Jesucristo” (cf. 2 Cor. 11:2,4).

San Ignacio había comprendido muy pronto que estos engaños solían venir de una

pretensión de seguir a Jesús y servir al Reino con un corazón dominado por codicia de riquezas, seducción de prestigio y ambición de poder. Para lograr esta lucidez espiritual respecto al seguimiento de Jesús, propone la meditación de Dos Banderas, a la que el ejercitante dedica todo un día, pidiendo la gracia de “conoscimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán, y gracia para le imitar” (EE. 139).

2. *Recuperar la libertad* : los afectos desordenados o “apegos” a dineros, placeres, honores, poderes, personas y lugares, suelen ser un grave impedimento para buscar y hallar la voluntad de Dios o para realizarla una vez descubierta. Y así, con frecuencia, esos afectos y la repugnancia a deshacernos de ellos nos llevan a *diferir* la búsqueda de lo que Dios quiere y no nos permiten hallar a Dios en paz.

Otras veces nuestra búsqueda está viciada de partida por el influjo que esos afectos desordenados van a ejercer sobre el discernimiento. Engañándonos a nosotros mismos, en lugar de ir con un corazón limpio a buscar lo que más agrada al Señor, lo traemos a El a nuestros propios deseos desordenados y pretendemos que nuestras decisiones respondan a lo que El quiere de nosotros.

La verdadera libertad, que San Ignacio llamaba indiferencia, consiste en tener a Jesús como el amor preferencial de nuestra vida, de manera que ante este amor pasen a segundo plano los deseos de riqueza, salud, prestigio, poder y sólo deseemos elegir lo que más nos acerca al Jesús pobre y humilde del Evangelio.

3. *Suscitar un amor creciente a Dios y a los hermanos* : La temperatura de nuestro amor es la medida de nuestra generosidad en el seguimiento de Jesús, ya que el amor es la motivación de nuestras decisiones. San Ignacio decía que la primera regla para hacer una buena y sana elección era “que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige es sólo por su Criador y Señor” (EE. 184).

Y en el amor, Ignacio distingue *grados o maneras*. La consideración de tres maneras de humildad que invita a hacer durante todo el día, la víspera de la elección, tiene como objetivo lograr la gracia de un intenso amor a la persona de Jesús pobre y humilde. Tres maneras de humildad o de amor. El doctor Ortíz, embajador de Carlos V ante el Papa, que hizo cuarenta días de Ejercicios en Monte Casino bajo la dirección del mismo San Ignacio, ha llamado en sus apuntes espirituales esta consideración como “tres maneras y grados de amor de Dios y deseo de obedecer y imitar y servir a su divina Majestad”. Indudablemente reconocemos aquí la orientación de San Ignacio, quien solía hablar de la “humildad amorosa”.

Una persona llena de amor propio suele ocuparse de sí misma, encerrarse en sus propios intereses e insensibilizarse ante los demás. No tiene amor a los demás, no es humilde. En cambio, quien sale de sí mismo, de su propio amor, *querer e interés* y se abre a los demás,

suele ser una persona humilde, sencilla, capaz de compasión y ternura.

Las tres maneras o grados de humildad o amor son:

1a. manera: El *amor fundamental* a Dios y a los hombres, que nos hace respetarlos de tal manera que estamos dispuestos a sacrificarlo todo y aun a perder la propia vida cuando está de por medio vitalmente comprometida nuestra relación con ellos o la defensa de sus derechos. Los mártires de ayer y de hoy son los mejores testigos de este amor. Y todos aquellos que sufren persecución y muerte por causa de la justicia.

2a. manera: El *amor delicado*, aquel que busca en todo momento agradar y alegrar a la persona amada, aun en los pequeños detalles, sacrificando los propios gustos e intereses. Es el amor que da libertad para posponer riquezas y comodidades, salud, vida larga, honor y todo lo demás, para poder elegir solamente aquello que más agrada a Dios, aquello que transmite vida y alegría a los hermanos.

3a. manera: *amor de identificación* : es el deseo de ser una sola cosa con la persona que se ama. Es la pasión por Jesucristo expresada por San Pablo a los Filipenses: “A nada le concedo valor si lo comparo con el bien supremo de conocer personalmente a Cristo Jesús, mi Señor. Por causa de El lo he perdido todo y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a El... lo que quiero es conocerlo, sentir en mí el poder de su resurrección, tomar parte en sus sufrimientos y llegar a ser como El en la muerte...” (Flp. 3:8,11).

Este amor prendió de tal manera en el corazón de Ignacio y sus compañeros, que los llevó a “dejar todos los atractivos del mundo y a dedicar perpetuamente sus vidas al servicio de Jesucristo”, como lo consignan en la Fórmula del Instituto. Es el amor que los indujo a “admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado... y a vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor... deseando pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos, por desear parecer y imitar en alguna manera a Jesucristo” (Const. 101).

Este grado de amor se extiende también a aquellos que constituyen la predilección de Jesucristo, en la opción preferencial por los pobres llevada hasta el *cambio de lugar social* para asumir su causa “como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo” (Puebla, Mensaje a los Pueblos de América Latina, 3).

Lucidez espiritual, libertad frente a los afectos desordenados, *creciente amor* a la persona de Jesús, tres condiciones fundamentales para el genuino discernimiento cristiano. San Ignacio enseñaba que nadie podía hacer elección sin tener esa libertad y que debería procurar alcanzar la tercera manera de humildad, pidiendo insistentemente tal gracia.

No quiero terminar estas reflexiones sin una cariñosa evocación del P. Pedro Arrupe, a quien

debemos el haber suscitado en la Compañía de Jesús -para los jesuitas, sus amigos y colaboradores- y en la Iglesia, esta práctica ignaciana del discernimiento personal y comunitario que se había ido desdibujando hasta llegar prácticamente a desaparecer en la vida cristiana. En sus exequias comentaba el P. General Kolvenbach: “El mismo, siempre tan sensible al Espíritu, cuando fue elegido superior general de la Compañía de Jesús, hacia el fin del Concilio Vaticano II, no tenía más deseo que el de servir a este don pentecostal y de expresar su amor por la Compañía, transfigurándola en un cuerpo para el Espíritu, disponible para llevar a cabo con amor las consignas apostólicas del Concilio. El P. Arrupe se entregó de lleno al esfuerzo de conciliar las exigencias inmutables del carisma de la Compañía con las exigencias de la situación actual de la vida en la Iglesia y en el mundo... hombre al servicio del Concilio, cumplía ya lo que nos ha recordado el Sínodo extraordinario de 1985: abondado en las fuentes de su tradición no hay nada nuevo, y, sin embargo, en la escucha del Espíritu todo es recreado como nuevo. Sin haber cambiado la Compañía, gracias al don del Espíritu que es el Padre Arrupe, todo es diverso”. Hasta aquí el P. General.

En esta su “*ignacianidad*” descubrimos el secreto de la perenne juventud de Pedro Arrupe, de su dinamismo apostólico, de su entrañable ternura, de su optimismo profético, de su discreta y audaz caridad. El nos enseñó a re-crear y a encontrar para nuestro tiempo ese estilo ignaciano. Gracias también a él, la vigencia de Ignacio para nuestro mundo es tan clara que nos convoca a todos a participar de la experiencia de vida en el Espíritu que llenó las vidas de Ignacio de Loyola y de Pedro Arrupe, para descubrir también nosotros nuestra vocación y misión frente al mundo de hoy, comprometidos todos como compañeros de Jesús, bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige.